



La ley del monte

Alirio Bustos Valencia


intermedio
BOLSILLO

La ley del monte

Las exuberantes selvas de Colombia son el telón de fondo de personajes tan inverosímiles como “La Mona”, una prostituta que coordinó el aniquilamiento de todo un batallón de contraguerrilla, o los sacerdotes, que más bien parecen auténticos misioneros de guerra, o las universitarias que venden sus encantos a los dueños de la droga, los mismos que utilizan condones para proteger la amapola de las fumigaciones y que compran la orina del cerdo para producir la mejor coca del mundo. Esta es la radiografía de una Colombia desconocida, desgarradora y paradójica, que apenas vislumbramos en los titulares de prensa y en la que “la ley del monte” rige con toda su crudeza.

Otros títulos de la Colección:



HISTORIAS PARA LA HISTORIA

Por Javier Darío Restrepo

En qué momento un periodista se convierte en escritor? ¿Cuándo pierde su carácter efímero un relato periodístico y se transforma en obra perdurable? No bastan los interminables relatos periodísticos en los medios; a la aplicación de las técnicas del realismo de la ficción a la no ficción hay que añadir el talento del inventor. Para descubrir nuevos continentes en el hombre, el periodista necesita la pasión del inventor y la convicción de que sólo el escritor lo redime de la transitoriedad, y a los acontecimientos del pozo oscuro del olvido.

En ese abismo podría estar cayendo la historia de Colombia en estos años de sangre y lágrimas, a pesar de la cantidad de información que diariamente difunden los medios. Entre el periodismo *light* y el registro sin alma de los hechos, se está condenando al olvido una historia construida con las vidas de miles de colombianos.

Según Gay Talese, uno de los precursores del Nuevo Periodismo, el reportero debe responder las preguntas básicas, no de un modo impersonal, sino "desde el punto de vista de los más afectados". Y en estas páginas los

protagonistas son personas comunes: colonos, raspachines, putas, misioneros, guerrilleros y soldados... Agregaba Talese: "Si me daban oportunidad de escoger entre gente *in* o los *out*, invariablemente escogía a los últimos. Las historias de perdedores me parecían más interesantes".

Leyendo a Alirio es inevitable pensar que las historias de estos años de tormenta pueden estarse perdiendo por falta de hombres que, como él, se impongan la disciplina de conservarlas. Los medios registran los hechos, pero no el ambiente ni el espíritu. Fijan su atención en la gran historia y hacen la crónica oficial, pero allí no aparecen los seres humanos. Bustos los rescata del olvido. Sin embargo, a veces el lector siente que sus historias, por los elementos de que están hechas y por lo que representan —la dualidad trágica de los colombianos asediados por distintos fuegos, o la capacidad de la gente sencilla para construirse y construir—, deben tener una estructura más elaborada y una más reveladora investigación. En estas crónicas se percibe el apresuramiento de las notas tomadas en las libretas de reportero, con palabras que tratan de captar el ritmo y el tono de los acontecimientos. Es inevitable que ellos queden aprisionados fragmentariamente; por eso el escritor, como el asesino, regresa al lugar de los hechos, para examinar con lupa los detalles y ensamblarlos de forma que las junturas se hagan invisibles.

Tal es el camino que el reportero debe recorrer para salir de la rutina y rescatar la memoria. Trabajos como *La ley del monte* certifican que ya se ha comenzado, y que la historia de estos años tormentosos no está cayendo en el olvido.

LOS CONDONES
DE LA FLOR MALDITA

Los asaltantes brotaron de algún lugar de la montaña, rodearon el furgón cargado de medicinas que iban para las farmacias del Tolima y, tras buscar en la carga, sólo se llevaron las cajas de condones. Pero, ¿quiénes y para qué se robaron el cargamento de preservativos? No fue un arrebato de responsabilidad sexual de los habitantes de la montaña para evitar el sida o prevenir una enfermedad venérea. Se los robaron los cultivadores de amapola para protegerse, ¡pero del glifosato!

Un funcionario de la Procuraduría General de la Nación vio con asombro el último uso de los condones, y hasta comprobó que no son desechables.

Los cultivadores cubren con preservativos los botones de la flor maldita para impedir que el glifosato los destruya. Y para proteger las hojas y el tallo recurren a la misma técnica utilizada por los dueños de la coca en las selvas del Guaviare, Caquetá y Putumayo.

Es decir, los campesinos lavan las matas con agua revuelta con azúcar o panela.

Mientras los aviones fumigadores Turbo Trush dejan caer el glifosato, los campesinos permanecen emboscados con canecas de agua limpia. Una vez las aeronaves se retiran, salen de sus escondederos a lavar las matas y a quitar los condones, los cuales vuelven a utilizar en otra plantación que esté en la mira de la Policía Antinarcóticos.

Esta técnica es aplicada, especialmente, en las plantaciones más alejadas, donde los aviones van de vez en cuando y donde los agentes antidrogas no se atreven, por la amenaza guerrillera, a destruir a machete las plantaciones.

Pero si con los condones logran proteger sus plantaciones, con ellas están destruyendo la flora y la fauna de la sucursal del paraíso terrenal, el gran Cañón de Las Hermosas.

Este parque natural, fronterizo entre Valle y Tolima, abarca 125.000 hectáreas donde nacen alrededor de 30 ríos y quebradas que conforman un sistema hídrico de vital importancia para los cultivos de los dos departamentos. Pero la flor maldita está acabando con los páramos y con especies animales como los osos, las dantas y los venados, que antes se topaban a la vera del camino.

Este paraíso hoy está convertido en un infierno creado por los narcotraficantes que inundaron de

heroína las calles de Estados Unidos, donde hoy hay más de 600.000 adictos a esta droga. Tan grave es el problema que el propio director de la DEA, Thomas Constantine, vino a Colombia para ayudar a crear un bloque de búsqueda con el fin de combatir este flagelo.

Los reportes secretos del organismo antidrogas más importante de Estados Unidos revelan que hasta 1991 la heroína colombiana brillaba por su ausencia en el mercado norteamericano. Que en 1993 ya se había tomado 15 por ciento de ese mercado. Que en 1994 pasó a 32 por ciento y que, en los últimos tiempos, 60 por ciento de esta droga confiscada proviene de Colombia.

Para Constantine, si no se controla este problema a tiempo, en el nuevo siglo los narcotraficantes colombianos llegarán a ser los jugadores centrales en el mercado de heroína del hemisferio occidental.

Esta realidad se comprobó un sábado cualquiera, con una visita al Cañón de Las Hermosas. Alrededor de las tres de la mañana, los campesinos de Chaparral, con sus mochilas y costales, se disputaban cada rincón del viejo bus escalera, que comenzó a abrirse camino entre la trocha esquivando el filo de la montaña que amenazaba con tragárselo al primer descuido.

Los pasajeros, adormilados, de vez en cuando abrían sus ojos para saber cuánto habían avanzado,

y los volvían a cerrar al calcular que aún les faltaba mucho trayecto para llegar a su destino, un destino que sólo conocerían en el camino. Ya hacia las siete de la mañana comenzaron a hacer apuestas para adivinar dónde sería el mercado. Eso siempre lo determinan los guerrilleros de las Farc, la máxima y única autoridad de la montaña. Ellos hacen cumplir la ley del monte.

Unos apostaban a que sería en El Salado o en Santa Bárbara, y otros afirmaban que iba a ser en La Arenosa, Naranjal o San José. Ninguno acertó. A medida que pasaba el tiempo y el vehículo avanzaba, creció el rumor de que el mercado esta vez sería en el parador de La Virgen, curiosamente, el mismo sitio donde se había realizado el último sábado.

Sí. En La Virgen todo estaba dispuesto para recibir a los extenuados viajeros. El equipaje, que en muchos casos no pasaba de ser una simple mochila tejida con un nudo en la mitad, dejaba escapar el penetrante olor del escaso pero valioso tesoro que guardaba en su interior.

Al aparse del vehículo, unos se dirigieron a la trastienda a desperezarse. Otros, que esperaban una jornada larga y agotadora, prefirieron ir a la cocina de doña Tránsito, donde a esa hora ya estaba listo el desayuno.

“Hoy les tengo de todo. Hay lechona, caldo, tamales, arepas, sancocho de gallina”, les dijo esta

mujer tolimense que se aburrió de perder plata en cafetales.

A medida que avanzaba la mañana, el parador se fue llenando de forasteros que llegaban en buses y camperos Uaz y Willis. Todos listos a negociar el único producto que en los últimos años ha sido el sustento de sus familias: el látex de la amapola, que se vende y se compra como pan caliente, con dividendos impensables para los productores de café.

En cada espacio libre también se veían hombres y mujeres que armaban improvisados toldos en pocos minutos, que luego estarían repletos de ropa, calzado, medicinas y hasta comidas rápidas que intentaban competir con los sudados de doña Tránsito. Eran los cacharrereros, los médicos naturistas y los dueños de los juegos de azar, que en los mercados de látex hacían su agosto, pues todo el mundo tenía plata en el bolsillo al caer la tarde. Plata para comprar los zapatos de los hijos, los bluyines para los "pelaos" o tal vez la chuchuguaza, las perlas de ajo, el catuaba o el Ginsex, que no son otra cosa que los "viagra" criollos.

En un rincón estratégico de un viejo rancho, desde donde se observaba el gran cañón dividido por las turbulentas aguas del río Amoy, los campesinos empezaron a concentrarse alrededor de los negociantes que, gramera en mano, los llamaban para examinar su producto. Era la hora del ritual millonario.

Al lado de una descerezadora de café, José sacó celosamente de su mochila una bolsa transparente repleta de un líquido amarillento y de olor penetrante que destapó con cuidado ante la mirada ansiosa de Miguel, el comprador, un joven de unos 22 años y cabellos revueltos.

Miguel tomó una cuchara dulcera, la introdujo en la bolsa de látex, la sacó cuidadosamente y, con su borde, golpeó el centro blanco de un plato pequeño. En segundos aparecieron dos manchas amarillentas que empezaron a extenderse por toda la porcelana. Antes que esto sucediera, frotó el líquido con su índice derecho y formó un círculo imperfecto. Luego, de uno de sus bolsillos sacó un gotero y dejó caer sobre la mancha una gota de amoníaco.

El color amarillento desapareció para dar origen a un rojo cobrizo. José miraba con atención. De pronto, el comprador exclamó: "¡Está al 40!" José suspiró y frunció el ceño.

Cuando hablan de 40 por ciento se refieren al porcentaje de morfina y heroína que obtendrán del látex en los pequeños laboratorios camuflados en la montaña. El látex que Miguel quería adquirir por 600.000 pesos, a las dos horas, en un proceso que requiere más paciencia que esfuerzo físico, adquirirá un valor de 30 millones de pesos.

José sintió que había caído en manos de un estafador y decidió hacer honor a la verdad: "Sin trucos,

que yo no soy de los que la rebajan con Maizena o harina”, le dijo con cara de disgusto.

“Mire —agregó—, el kilo no se lo dejo a menos de 900.000”. Guardó en la mochila sus dos kilos de látex y decidió quedarse un rato a la espera de otro comerciante. Como los precios siguieron bajos y no tenía afán de vender su mancha, José decidió regresar a casa mientras el valor de su producto alcanzaba niveles como los de hace cinco semanas.

Los que sabían que su mancha realmente no era de buena calidad o estaban urgidos de dinero, la negociaron pronto y se fueron a hacer mercado. Luego se dirigieron a la cantina del marido de Tránsito a tomarse unas cervezas, acatando la ley del monte que sólo permite emborracharse el fin de semana. Si lo hacen entre semana saben que los guerrilleros no tendrán contemplación en ponerles una multa o hasta desterrarlos.

Después de escucharse unos a otros, llegaron a la conclusión de que este sábado el negocio había estado flojo y que las fumigaciones eran las culpables de la tensión en la zona, de la escasa producción y de las malas ventas.

Hacia las cuatro de la tarde, en el parador sólo quedaba la Virgen. Los campesinos habían regresado a casa porque muy de mañana tendrían que salir a proteger con condones el sustento diario.